

Cómo piensan los intelectuales dominicanos sobre el poder

Henri Cuello Ramírez¹

Introducción



Lo primero que hacemos en el presente trabajo es abordar el problema conceptual y metodológico en torno a los intelectuales y el poder. Para el caso nos valimos de un enfoque que sobre los mismos elaboró Michel Foucault, el cual consideramos acertado. Lo segundo, es un análisis natatorio sobre las ponencias del libro *Los Intelectuales y el Poder*, del escritor y poeta Guillermo Piña Contreras, editor de la obra. En dicho análisis intentamos excluir cualquier juicio de valor. Lo tercero, fue configurar una descripción socio-política de la actualidad: el problema del vacío del liderazgo tradicional, y, en consecuencia, la desaparición del liderazgo carismático y paradigmático tradicional; cómo ese fenómeno influye en las actuales generaciones de intelectuales; el reto de la reinstitucionalización de los partidos políticos, así como el fenómeno

¹ Doctor en Derecho, graduado en la Universidad Central del Este (UCE); Licenciado en Educación, Mención Ciencias Sociales, de la UASD, Maestría en Historia Dominicana y Especialidad en Gestión Cultural y en Bibliotecología. Profesor de Historia de la Escuela de Historia y Antropología de la UASD.

de la mundialización de la economía, lo que comúnmente se conoce como globalización. El cuarto aspecto trata sobre cómo la intelectualidad ha enfrentado dichos fenómenos y procesos políticos; cuáles compromisos ha asumido con el poder de turno y cómo, muchas veces también, ha adoptado una actitud de rechazo o un comportamiento pasivo ante la realidad concreta del poder, esencialmente del poder político ejercido en las esferas oficiales de los gobiernos. En la última parte vertemos nuestro criterio personal acerca del papel que deben jugar los intelectuales en su relación con los poderes fácticos de la sociedad.

El Papel de los Intelectuales en la Sociedad, según Michael Foucault

Para Michael Foucault: “El papel del intelectual no es el de situarse un poco en avance o un poco al margen” para decir la muda verdad de todos; es ante todo luchar contra las formas de poder allí donde éste es a la vez el objeto y el instrumento; en el orden del «saber», de la «verdad», de la «conciencia», del «discurso». Se le preguntó a Foucault sobre el intelectual militante y éste contestó: *El intelectual no puede seguir desempeñando el papel de dar consejos*. El proceso, las tácticas, los objetivos deben proporcionarlos aquellos que luchan y forcejean por encontrarlos. Lo que el intelectual puede hacer es dar instrumentos de análisis, y en la actualidad este es esencialmente el papel del historiador. Se trata, en efecto, de tener del presente una percepción espesa, amplia, que permita percibir dónde están las líneas de fragilidad, dónde los puntos fuertes a los que se han aferrado los poderes (...) ahí está el papel del intelectual y ciertamente no en decir esto es lo que debéis hacer” (Los intelectuales y el poder, entrevista Michel Foucault-Guilles Deleuze, 1972).

Se podría estar de acuerdo o no con esta definición de Foucault, pero a mí, particularmente, me parece una inmejorable

(me sea perdonada la hipérbole) definición del papel de los intelectuales en la sociedad.

Una lectura crítica al libro de Guillermo Piña Contreras “Los intelectuales y el poder”

Este libro, *Los Intelectuales y el Poder*, editado por el escritor Guillermo Piña Contreras es el fruto de un coloquio que sobre el mismo tema organizara la Universidad APEC (UNAPEC) en noviembre del año 2003. Entre los destacados intelectuales que presentaron sus ponencias en el interesante coloquio se encontraban el editor, Guillermo Piña Contreras, así como Rafael Toribio Domínguez, Odalís G. Pérez, José Rafael Lantigua, Mu-kien Adriana Sang Ben, Fidel Munnigh, José Antinoe Fiallo y Manuel Núñez. No menos ricos que las exposiciones de los diferentes disertantes, fueron los debates generados a partir de las intervenciones del público asistente. Ahora bien, ¿Cuál es la importancia ancilar de este libro, a propósito del tema que en este trabajo vamos a analizar? A mi juicio, es importante por las siguientes razones:

- 1- La actualidad y vigencia de la reflexión hecha por actores y protagonistas del quehacer intelectual en estos momentos en la República Dominicana, que nos sitúa en el contexto cronológico de este trabajo.

- 2- El encontrar en este libro criterios de pensamientos divergentes y, en muchas oportunidades, convergentes.

- 3- La visión del intelectual (caso de José Rafael Lantigua y el mismo Piña Contreras) que desempeña una función burocrática en el Estado.

Empecemos por José Rafael Lantigua. Para el actual Ministro de Cultura, el intelectual no puede sustraerse de la realidad de su tiempo; entiéndase, de su realidad concreta. Lantigua resalta dos importantes facetas del intelectual: la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad. De ésta última se desprende lo

que piensa y lo que hace. Prevalido de ese discurso, predica: *El poder no es bueno ni malo*, haciendo, sin embargo, la salvedad de que no es lo mismo un poder que emane de una fuente autoritaria que uno que tenga su origen en una fuente democrática. El intelectual está, pues, atado a una compleja urdimbre de vasos comunicantes con la sociedad que le ha tocado vivir a través de una pluralidad de poderes: político, económico, ideológico, etc. Puesto que el intelectual no puede «desamarrarse» de esas ligaduras que lo atan a la sociedad, Lantigua termina su reflexión imprimiéndole un sesgo altamente utilitarista a su propuesta, en el sentido de que se convierte casi en una necesidad para el intelectual buscar voluntariamente un espacio en la sociedad, a fin de poder operar las transformaciones necesarias que ella demanda.

Para Piña Contreras, el intelectual no sólo está rodeado de una serie de trampas que tiende la sociedad, sino que potencialmente se ha de convertir en presa de una de esas trampas. La metáfora figura un campo minado por donde ha de transitar el intelectual sorteando los peligros, como un soldado que en lugar de pertrechos militares lleva su mochila llena de ideas y pensamientos salvadores. Para Pina Contreras, el intelectual termina, muchas veces, (depende del momento y de sus relaciones, agregamos) incorporándose al aparato burocrático administrativo estatal. La razón de Estado termina, consecuentemente, imponiéndose a la razón crítica del pensamiento independiente. Admitiendo la posibilidad de que el intelectual se convierta en un asalariado del Estado, cabe la posibilidad de que termine también acoplando su independencia de pensamiento al criterio estatal. O sea, termina acomodándose a la lógica del Estado. Para Piña Contreras (el ejemplo viene como anillo al dedo), durante el régimen de Trujillo la intelectualidad sucumbió o enmudeció, en tanto que durante los gobiernos balagueristas, la intelectualidad generó diferentes focos de resistencia ideológica.

El gobierno de Guzmán supone una apertura democrática y, en consecuencia, una propuesta de convivencia y armonía con dicho gobierno. Sin embargo, y como si quisiera curarse en salud, Piña Contreras advierte sobre las deslealtades del Estado, convocando en el ánimo de los intelectuales a asumir actitudes de compromiso independiente y de rechazo frente a prácticas dañinas pro hijadas por y en el Estado. Termina reconociendo, finalmente, que en la actualidad existe un clima de más armonía entre los intelectuales y el poder, aunque en medio exista una frágil línea divisoria que mediatiza dichas relaciones.

Para Odalís Pérez, el trabajo intelectual y cultural (el no establece demarcaciones precisas), desde el pasado hasta el presente, no ha sido más que el ejercicio de una monstruosa mentira, errática en su interpretación de todo el andamiaje histórico-cultural. A través de un discurso de claves criptográficas y nomenclaturas especializadas, Odalís Pérez revela las más ocultas excrecencias de la intelectualidad dominicana al descubrir al intelectual como: a) impostor, b) pensador de la mentira, c) artificioso, d) oportunista, e) politizado, y f) cómplice de los políticos.

En el caso de Rafael Toribio Domínguez (quiero excluir todo juicio de valor), apreciamos tanto la justeza de los contenidos como lo mesurado de sus reflexiones. Para éste, el Estado ejerce sobre los intelectuales dos tipos fundamentales de influencias: la persuasión y la compulsión. El intelectual tiene dos caminos: o se adhiere al poder o no lo hace, rechazándolo, y, en consecuencia, desafiándolo.

No deja de reconocer Toribio Domínguez lo arduo que resulta para el intelectual dominicano situarse en la acera contraria del litoral del poder, aún a riesgo de su propia subsistencia. Propugna porque la propuesta del intelectual esté cimentada en la coherencia, así como fundamentada en principios: "no callar cuando se debe hablar". Previene sobre la confusión que pudiera existir entre la indiferencia y el criterio independiente del pensamiento.

Por otra parte (insiste en la coherencia y los principios), Toribio Domínguez considera como antiético cobijarse y lucrarse del poder y atacar y criticar dicho poder al mismo tiempo (creemos particularmente que el Estado dominicano no tolera esa práctica dicotómica). Al mismo tiempo alerta sobre la «verdad» que emana del Estado, en tanto «verdad producto del monopolio de la fuerza».

En ese mismo orden de análisis, para la historiadora Mu-kien Adriana Sang-Ben el intelectual sólo tiene una elección posible: la ética. Y para ilustrar históricamente su reflexión apela al periplo existencial de uno de nuestros grandes intelectuales del pasado: Ulises Francisco Espaillat. Pero el ejemplo de Espaillat no es gratuito, puesto que en él se conjuga la condición de intelectual y político, pero para quien el paso por esta última actividad fue frustratoria y traumática ante el pragmatismo salvaje de la época en que le tocó vivir. Moraleja: el intelectual debe ser ético aunque fracase en la política.

Para Fidel Munnigh: “Los intelectuales callan lo que deberían denunciar o criticar”. O disiente del poder o lo legitima. Esto significa que debe «asumir una posición»: manteniendo una actitud crítica o «acomodándose al desorden». Acomodarse al desorden puede ser sinónimo de prosperar materialmente.

Para Munnigh, la relación de los intelectuales con el poder debe ser siempre de «vigilancia crítica y nunca de sumisión incondicional». Aboga porque en un Estado totalitario el intelectual asuma una actitud crítica; en tanto si el estado es democrático que contribuya a afianzar dichos valores democráticos.

Por su parte, José Antinoe Fiallo no nos viene con medias tintas. Citando a Chomsky, nos dice: “(...) por lo general, la mejor posición para un intelectual es estar comprometido con las fuerzas populares que tratan de mejorar las cosas”.

El intelectual es un insurgente, un rebelde de la realidad que lo explota y excluye. Es una propuesta abiertamente marxista.

Por último, Manuel Núñez postula que el autoritarismo ha permeado el tejido social desde el siglo XIX al XXI, permeando

el pensamiento de la intelectualidad dominicana hasta nuestros días, de propuestas de corte autoritario. Siendo el intelectual un asalariado del (o los) poder (es) totalitarios del Estado, termina convirtiéndose en un proxeneta de los mismos.

Los intelectuales y el sistema democrático en la actualidad

En párrafos anteriores decíamos, citando a Foucault, que la labor del intelectual era esencialmente la de proporcionar los instrumentos de análisis pertinentes, a fin de penetrar la realidad y «que permitan percibir dónde están las líneas de fragilidad, dónde los puntos fuertes a los que se han aferrado los poderes»

Un análisis somero de nuestra realidad en lo social, político y económico (y, por qué no, en lo cultural) nos puede configurar el siguiente cuadro:

- Que la desaparición de los grandes liderazgos carismáticos tradicionales abre la posibilidad a lo interno de las organizaciones políticas de un nuevo reordenamiento, al mismo tiempo que permite afianzar los procesos de institucionalidad.
- Que es un hecho innegable que el régimen democrático ha terminado por imponerse como sistema político en la República Dominicana, aunque matizado (y muchas veces mediatizado y amordazado) por el lastre del prebendalismo y las prácticas clientelares nocivas.
- Que la realidad mundial prevaleciente en la economía es la globalización y modernización de la misma; e inserción de nuestra economía en la dinámica del mercado mundial.

En conclusión, estamos abocados a un cambio urgente de liderazgo (prácticamente en todos los sentidos), ante el reto

(para nuestra débil economía) de competir, muchas veces en condiciones desiguales, con las economías fuertes del planeta ante el fenómeno ya mencionado de la mundialización de los mercados. Pero, sobre todo, comprometidos a preservar un Estado de derecho que dispense protección efectiva al más débil, donde lo normal sea el respeto a las leyes y la participación de los ciudadanos en la construcción de su propio porvenir.

Configurado el cuadro más arriba descrito nos permitimos formular las siguientes reflexiones:

- Que ante el agotamiento de los paradigmas vigentes, los intelectuales están en el deber de contribuir, a través del ejercicio de un pensamiento independiente, a la emergencia de nuevos paradigmas, empezando por una profunda revisión del aparato conceptual (metarrelato) que provoque la construcción de nuevas fórmulas transformadoras.
- Oponer al paradigma mecanicista de la pragmática del poder el paradigma del cuestionamiento y la impugnación (con permiso de Freire).
- El intelectual debe, pues, al mismo tiempo de analizar la realidad, propiciar la aparición de nuevos paradigmas, tanto en el campo del ejercicio de su conciencia crítica (contrapunto de la razón cínica), como en el mismo plasma de la sociedad.
- Plantear: a) propuestas alternativas, b) nuevas teorías sociales, c) nuevas categorías y conceptos teóricos de explicación de la realidad.
- No mitificar su propia racionalidad.
- Convertirse en portavoz de una nueva realidad emancipadora, no situándose en el espacio circular de un simple discurso teórico sino que, desbordando su propia lógica discursiva, se convierta en ente participante, propugnando por el paradigma de la libertad individual y colectiva.
- El presentismo de la vida cotidiana dominicana obliga al intelectual, como sujeto de su propia modernidad, a plan-

tearse grandes desafíos a vencer: desde la polaridad de los partidos políticos, hasta la aceptación o rechazo de nuestra «legitimidad» democrática; así como encarar lacras sociales como el desempleo, alto costo de la vida, bajos salarios, etc.; con el agravante, según lo ha demostrado DEMOS 94-2001 y otros estudios más recientes, de que en muchas ocasiones y ante las grandes deficiencias de nuestro sistema democrático el común de la gente se siente tentada, persuadida o inclinada hacia soluciones de carácter autoritario. Si analizamos detenidamente este fenómeno vemos que en el subconsciente del dominicano subyace una cultura en estado latente hacia patrones autoritarios. Y no es para menos: 30 años de férrea dictadura, a cuyo servicio había un aparato ideológico apabullante de enervante naturaleza; los períodos de despotismo ilustrado del Balaguer de las tinieblas; las imperfecciones y deficiencias de los períodos de vida democrática de la nación; el espíritu presidencialista de nuestra carta sustantiva reflejada en prácticas paternalistas patrimoniales; el sentido del azar y lo providencial que actúa en la psiquis profunda del dominicano como una fuerza ciega supra individual que termina imponiéndose de manera inevitable; la expresión popular de “esto se jodió” que resume todas las impotencias, frustraciones y sentido derrotista del dominicano, convirtiendo a éste último en un ser inseguro, descreído, que ya no cree en las promesas electorales de los políticos (ver DEMOS 94-2001), pero que acude con una docilidad patológica a votar como si estuviera en presencia de un rito necesario, aunque de mal agüero.

- Que el 69% de la población considera necesario un gobierno de mano dura que imprima respeto a la ley.
- Que, por último, y sin aspirar a convertir este análisis sobre los intelectuales y el poder en un código de ética o un manual de instrucciones, reconocer que estos fenómenos

son parte de nuestra realidad y que su análisis objetivo y factual es responsabilidad esencial de éstos, a fin de penetrarla, comprenderla y, por qué no, transformarla.

Conclusiones

Hemos llegado a las siguientes conclusiones:

1. Es harto difícil identificar cuál ha de ser el verdadero papel que el intelectual tiene que asumir frente al fenómeno del poder: público y privado, en un mundo donde el Estado es altamente deficitario y donde reina el libre mercado y las deidades del consumismo ramplón.
2. Los intelectuales no viven al margen de su tiempo concreto, de su sociedad; son un producto de ella y, más importante aún, es preciso que vivan en ella para poder comprenderla. Habrá siempre intelectuales orgánicos servidores del Estado y, en consecuencia, coherentes con la praxis del binomio salario-subordinación; e intelectuales que discrepen y disientan del Estado de cosas reinante. Generalmente éstos últimos no reciben ningún estipendio ni paga del Estado.
3. El intelectual es un ente importante en la sociedad. Es algo así como el adulto (en tanto discierne y ve más que el rebaño) del resto de la comunidad ciudadana. Es una especie de augur de la inteligencia racional.
4. En el caso concreto de la República Dominicana, el papel de los intelectuales se ha escindido entre intelectuales liberales e intelectuales conservadores; lo que en el pasado equivalía a decir los filorios y los afrancesados; los liberales duartistas y los conservadores santanistas. Entre intelectuales orgánicos e intelectuales inorgánicos, entre intelectuales que ejercen el poder (casos de Espailat, Juan Bosch y Balaguer) e intelectuales al servicio del poder: Peña Batlle, Rodríguez Demorizi y otros. Pero también intelectuales

que si bien han sido militantes y fundadores de partidos políticos, han hecho aportes importantes a su país en diferentes campos de la investigación (histórica, sociológica y política), ejemplos de los cuales son: Juan Bosch, Juan Isidro Jimenes-Grullón, etc.; así como otros que, como Pedro Mir, Marcio Veloz Maggiolo y Andrés L. Mateo, han aportado, tanto en el campo del ensayo científico como en la creación literaria.

Bibliografía

- Agosto, Gabriela; Cueto Villamán, Francisco, *Los Partidos por Dentro: Estructura y Funcionamiento del P.R.D., P.R.S.C. y P.L.D., 1978-2002*, Santo Domingo, Editora Búho, 2002.
- Cabrera, Onavis, *Paulo Freire: su pensamiento y el paradigma de la impugnación*, Santo Domingo, Editora Universitaria, 2004.
- Duarte, Isis; Brea, Ramonina, *Hacia dónde va la democracia dominicana. 1994-2001*, Santo Domingo, Editora Búho, 2002.
- Foucault, Michel, *Los Intelectuales y el Poder*, entrevista Michel Foucault-Gilles Deleuze, revista *L'Arc*, No. 49, Trimestre 1972, pp. 3-10.
- Lozano, Wilfredo, *Después de los Caudillos*, Santo Domingo, Flasco-Ediciones, Librería La Trinitaria, 2002.
- Mateo, Andrés L., *Los Intelectuales Dominicanos en el siglo xx*, El Siglo, diciembre 1999.
- Piña Contreras, Guillermo, *Los Intelectuales y El Poder*, Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2005.
- PNUD, *Informe Nacional de Desarrollo Humano*, República Dominicana, Editora Corripio, C. por A, 2005.